

EL MISTERIO DE LA LITURGIA

Dios todopoderoso y eterno,
 que estableciste el misterio pascual como alianza de la
 reconciliación humana,
 concédenos manifestar en las obras lo que celebramos con fe.
 Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
 que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
 y es Dios, por los siglos de los siglos².

En esta oración la Iglesia expresa su alabanza al Padre por el misterio pascual que, establecido por Dios como alianza de la reconciliación humana, la asamblea celebra con fe y quiere manifestar en las obras. Esto es la liturgia: misterio pascual de alianza, celebración en la fe y testimonio de vida.

1. El “misterio”

Gracias al Movimiento Litúrgico es hoy un dato adquirido que la obra de la salvación es vista como una “realidad sobrenatural siempre presente y activa en la liturgia”³. El benedictino alemán Odo Casel (1886-1948) dedicará largos años a investigar la naturaleza del culto cristiano y a estudiar cómo se realiza en la Iglesia. Filólogo de las lenguas clásicas, había quedado impresionado por el hecho que la acción litúrgica era llamada, en las fuentes antiguas, con los nombres de *mysterium-sacramentum*. Convencido que el lenguaje de las fuentes litúrgicas no puede ser interpretado fuera del ambiente cultural que le es contemporáneo, se dedicó a estudiar el término griego “*mysterion*”, que en la antigüedad era un término técnico utilizado para indicar una cierta forma cultural bien determinada, expresada por la llamada “religión de los misterios”. Los “misterios” eran ritos en los cuales los diversos momentos

¹ Monje de la Abadía del Niño Dios (Victoria, Entre Ríos, Argentina).

² *MISAL ROMANO*, Oración colecta del viernes de la octava de Pascua.

³ L. BEAUDUIN, *Essai de manuel de Liturgie*, Mélanges liturgiques, Mont-César, Louvain 1954, 76.

del proceso agrario-vegetativo, personificados en héroes del tiempo primordial, eran reproducidos en una escenografía religiosa, con el fin de asegurar el favorable curso del proceso cósmico de nacimiento y desarrollo de las cosechas, elemento vital para los antiguos. Así, por ejemplo, en los misterios Eleusianos, la joven Kore (grano de trigo) es raptada por Plutón y llevada a su reino subterráneo (grano de trigo escondido bajo la tierra con la siembra). Demetra, madre de Kore, desesperada y llorando por la pérdida de la hija, destruye todo a su paso (el invierno con sus lluvias y sus vientos helados), hasta que Hermes, dios del sol, movido por la compasión, le sale al encuentro (sol de primavera) devolviéndole a Kore (acción del sol para el desarrollo del trigo). Ella vuelve a vivir sobre la tierra, hasta que deba regresar al reino subterráneo de Plutón (maduración y cosecha, en la espera de la nueva siembra). De aquí salen dos conclusiones: 1) El hecho cósmico agrario-vegetativo se convirtió en un *mito*, o sea, un hecho con valor de significado universal: la vida nace continuamente de la muerte según una ley constante de la naturaleza. 2) Existe un *rito*, llamado *misterio*, detrás del cual siempre hay un mito, o sea un hecho ocurrido o pensado en los comienzos, en un tiempo primordial, que mediante los “signos” del rito (misterio) provoca la renovación del hecho antiguo.

En la “religión de los misterios” el rito pierde gradualmente su referencia mágico-agraria, o sea cósmico, y es aplicado al hombre y a su deseo de una vida que se “renueve siempre” (palingenesia) venciendo la muerte. Nace así, sobre el rito agrario-vegetativo, el *misterio soteriológico* humano, vale decir, un rito mediante el cual se comunica al hombre la “salvación” (*sotería*) conquistada por el héroe protagonista del “misterio”. El hombre que ha alcanzado esto se llama y es un “iniciado” (del latín *initia*, que en la legua clásica traduce el griego *mysteria*), o sea un hombre “entrado en el misterio de la salvación”. El *misterio* representa por tanto una determinada *forma cultural* que, partiendo de una religión a nivel cósmico-agrario, se eleva hasta alcanzar un nivel divino-humano, y tiene como característica peculiar la de establecer un contacto directo entre el hombre en busca de salvación y el antiguo héroe divinizado, que *comunica* al hombre aquella misma salvación que él se conquistó o adquirió.

Partiendo del hecho que la Liturgia cristiana es llamada constantemente *misterio*, Odo Casel descubre que los componentes esenciales de este término técnico-cultural son: 1. La existencia de un acontecimiento primordial de salvación; 2. que este acontecimiento es hecho presente en un rito; 3. que el hombre de todo tiempo, a través del rito, actualiza la salvación propia y universal. Aplicados estos elementos resulta que el culto cristiano, realizándose en el plano y en la forma cultural del misterio, no es tanto una acción del hombre que busca un contacto con Dios (concepto natural de religión), cuanto un momento de la acción salvífica de Dios sobre el hombre (concepto revelado de religión). Por lo tanto

Casel define la liturgia como “acción ritual de la obra de la salvación de Cristo, o sea presencia, bajo el velo de los símbolos, de la obra divina de la redención”⁴.

La importancia de esta posición de Casel es enorme, si bien en su primer momento no todos la comprendieron. Poniendo como punto de partida de la liturgia el acontecimiento salvífico de Cristo, la liturgia no es sólo una institución que nos viene de Cristo sino que es la continuación ritual del misterio de Cristo. Con otras palabras: en la liturgia, o sea en la forma ritual (signo-realidad) el acontecimiento mismo de la salvación es hecho presente y activo para los hombres de todo tiempo y lugar, y por consiguiente toda acción litúrgica representa un sucederse de momentos en la historia de la salvación. Más aún, como dirá más tarde el benedictino Salvatore Marsili, la liturgia constituye el último momento de la historia de la salvación⁵. Con Casel asistimos a un punto de llegada importante: la teología de la liturgia. Insertando la liturgia como misterio cultural en el mismo misterio de Cristo, que constituye el punto de llegada y la realidad misma de toda la revelación, Casel hace de la liturgia un momento siempre actualizador de la misma revelación, —siendo la liturgia revelación celebrada—, y por tanto le confiere un puesto central en la teología. Por este camino Casel relanza fuertemente la visión “económica” de la teología en general, llevándola a ser en primer lugar una reflexión no sobre una suma de verdades abstractas, sino sobre la progresiva actuación del designio divino de la salvación.

Para la Iglesia antigua, permeada de teología paulina, el misterio es una realidad divina, una acción salvífica de Dios que se manifiesta en el tiempo y en el espacio; es la epifanía de las acciones salvíficas de Dios; es el plan de redención, oculto en Dios desde toda la eternidad y revelado y realizado por Cristo para su cuerpo que es la Iglesia. Un discípulo de Odo Casel y monje de su mismo monasterio de María Laach, Victor Warnach, intentando definir el misterio lo concibe como aquella acción creadora y salvífica de Dios hacia la humanidad histórica en Cristo y en la Iglesia, que constituye el contenido del designio eterno, de la revelación divina, de la promesa veterotestamentaria, de la predicación apostólica y que, a través del símbolo cultural, se hace accesible a los creyentes para conducirlos a la plena realización escatológica⁶.

⁴ O. CASEL, *Mysteriengegenwart*, Jharbuch für Liturgiewissenschaft 8, 1928, 145.

⁵ S. MARSILI, “La Liturgia, momento storico della salvezza”, *Anámnesis I, La liturgia momento nella storia della salvezza*, a cargo de B. NEUNHEUSER, Marietti, Casale Monferrato 1974, 92.

⁶ Cf. V. WARNACH, *Il mistero di Cristo. Una sintesi alla luce della teologia dei misteri*, Cinisello Balsamo, Paoline 1998, 21.

Más allá del modo como la etimología explique los orígenes del término griego *mysterion* (y del latín *sacramentum*), la palabra griega sirvió a la Iglesia apostólica para explicar la voluntad salvífica de Dios y las acciones salvíficas de Cristo. En la teología patristica llegó a ser un concepto central, que abarcaba todo el fenómeno de la realización de la salvación divina en Cristo y en la Iglesia, especialmente en sus acciones culturales, indicando al mismo tiempo la grandeza de tales acciones salvíficas y su inescrutabilidad (cf. *Ef.* 3,8). Los teólogos, y el mismo magisterio de la Iglesia, reasumen este concepto siguiendo sobre todo las afirmaciones de la eucología de la liturgia para ilustrar la acción salvífica de Cristo, su proclamación y su realización en el culto, en toda la actividad eclesial y en la vida diaria de los cristianos.

En su obra *El misterio del culto cristiano*, Odo Casel distingue tres etapas fundamentales acerca del misterio. Misterio es, ante todo, Dios en su realidad a quien el hombre no puede acercarse sin morir: Se trata de Dios según el Antiguo Testamento. Es el misterio de la revelación que no se manifiesta todavía plenamente al mundo profano, sino que se oculta, manifestándose sólo al elegido, al creyente y al justo. La esencia de Dios, superior a lo creado y, al mismo tiempo, trascendente e inmanente, sostiene sus criaturas en virtud de su presencia universal. Todos esos elementos tienen un solo denominador: un anhelo de acercar el hombre a lo divino y lo divino al hombre. Dicho anhelo se confirmará también en la historia del pueblo de Israel, en la que Dios mismo da un preciso testimonio en su revelación. La cumbre se alcanzará en el momento en el que tal anhelo sea satisfecho con la venida, en forma humana, de su amadísimo Hijo, en confrontación con la ley hebrea que mostraba con rigidez los límites o las distancias entre Dios y el hombre.

Para San Pablo el misterio es la revelación de Dios en Cristo. Ese misterio anunciado por los apóstoles es transmitido por la Iglesia a todas las generaciones, conduciendo ella misma la humanidad a la salvación no sólo a través de la Palabra, sino también a través de las acciones sagradas, de modo que Cristo vive en la Iglesia mediante la fe y el misterio. Se trata de un misterio revelado, anunciado, celebrado y vivido. Ese plan redentor de Dios se realiza concretamente en Jesucristo. La encarnación del Hijo de Dios y su obra redentora son el Misterio propiamente dicho, son la epifanía de Dios. El misterio es, por tanto, Cristo. Empieza con la encarnación, culmina en la muerte y concluye en la glorificación del Señor. Por eso podemos llamar misterio a la manera en la que se manifiesta el plan redentor de Dios, así como a cada una de las acciones teándricas de Cristo, de modo que se puede hablar de misterio de la encarnación, del nacimiento, de la pasión, de la resurrección como lo hace la eucología litúrgica. Y ya que todas esas acciones responden a un único plan de redención, es más lógico hablar de un único misterio de Cristo, integrado por su persona y por toda su obra.

Odo Casel dice claramente que “en la cruz se nos manifiesta vivamente el misterio de Dios”⁷. Desde que Cristo ya no está visiblemente entre nosotros, “su parte visible”, como dice san León Magno, “pasó a los misterios de la Iglesia”⁸. La Iglesia, en su misión milenaria y bajo el impulso del Espíritu Santo, le ha dado al misterio de Cristo, instituido por Dios y dejado a nosotros como don del Padre, aquella forma que permanece fija e invariable en su esencia, dejando al mismo tiempo libertad al Espíritu. Esta “forma” del misterio es la sagrada liturgia que, como bien afirma SC 21, “consta de una parte que es inmutable, por ser de institución divina, y de otras partes sujetas a cambio, que en el decurso del tiempo pueden y aún deben variar, si es que en ellas se han introducido elementos que no responden tan bien a la naturaleza íntima de la misma liturgia o han llegado a ser menos apropiados”.

2. El misterio de la liturgia en *Sacrosanctum Concilium*

En la Carta Apostólica de Juan Pablo II en el XL aniversario de la *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, *Spiritus et Sponsa*, del 4 de diciembre de 2003, el Papa habla de la importancia de la *Sacrosanctum Concilium* dados los frutos que la misma ha producido, subrayando algunos puntos teológicos fuertes; así leemos en el n.2:

«Con el paso del tiempo, a la luz de los frutos que ha producido, se ve cada vez con mayor claridad la importancia de la constitución *Sacrosanctum Concilium*. En ella se delinear luminosamente los principios que fundan la praxis litúrgica de la Iglesia e inspiran su correcta renovación a lo largo del tiempo (cf. n. 3). Los padres conciliares sitúan la liturgia en el horizonte de la historia de la salvación, cuyo fin es la redención humana y la perfecta glorificación de Dios. La redención tiene su preludio en las maravillas que hizo Dios en el Antiguo Testamento, y fue realizada en plenitud por Cristo nuestro Señor, especialmente por medio del misterio pascual de su bienaventurada pasión, de su resurrección de entre los muertos y de su gloriosa ascensión (cf. n. 5). Con todo, no sólo es necesario anunciar esa redención, sino también actuarla, y es lo que se lleva a cabo “mediante el sacrificio y

⁷ O. CASEL, *El misterio de la cruz*, Madrid, Libros Buena Nueva 2010, 191 (reedición de la edición española del año 1964).

⁸ “*Quod conspicuum erat in Christo transivit in Ecclesiae sacramenta*”: LEÓN MAGNO, *Sancti Leonis Magni Romani Pontificis tractatus septem et nonaginta* 74,2; ed. A. CHAVASSE (CCL 138 A), Turnholti, Brepols 1973, 457.

los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica” (n. 6). Cristo se hace presente, de modo especial, en las acciones litúrgicas, asociando a sí a la Iglesia. Toda celebración litúrgica es, por consiguiente, obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo místico, “culto público íntegro” (n. 7), en el que se participa, pregustándola, en la liturgia de la Jerusalén celestial (cf. n. 8). Por esto, “la liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (n. 10)».

Notemos que en este párrafo la carta apostólica habla de que “a la luz de los frutos que ha producido, se ve cada vez con mayor claridad la importancia de la constitución *Sacrosanctum Concilium*. En ella se delinearán luminosamente los principios que fundan la praxis litúrgica de la Iglesia e inspiran su correcta renovación a lo largo del tiempo”.

Efectivamente, los primeros grandes principios teológicos que fundan la praxis litúrgica según el Concilio vaticano II, en la constitución sobre la sagrada liturgia *Sacrosanctum Concilium* (4. 12. 1963), aparecen cuando se introduce el discurso sobre la liturgia partiendo de la Revelación como historia de la salvación, lo que significará un giro copernicano. La liturgia no aparece como conclusión de un discurso sobre la naturaleza del culto y la forma de actuación del mismo: interno-externo, público-privado, o tratándola desde el punto de vista jurídico-institucional y rubrical, aspectos que venían siendo puestos en primer plano. No quiere decir que estos aspectos no tengan que ser tenidos en cuenta, pero el giro decisivo dado por el Vaticano II a la visión de la liturgia ya no permite más, y no debe permitir, que aquellos aspectos puedan constituir la razón de ser de la existencia y el valor de la liturgia. Ésta, centrada en la historia de la salvación, adquiere aquel valor existencial y perenne que hace de ella la razón de ser de la vida del cristianismo, no como proposición doctrinal, sino como momento en el cual se ejerce la obra de nuestra redención y los fieles pueden expresar en su vida y manifestar a los demás el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la Iglesia (Cf. SC 2). Fin supremo de toda la reforma litúrgica postconciliar es, en el fondo, éste: “*Ut mysterium paschale vivendo exprimat*”, que los fieles “expresen en su vida el misterio pascual”, (*Inter oecumenici* 6).

En los números 5, 6 y 7 la *Sacrosanctum Concilium* comienza a tratar propiamente de la naturaleza de la liturgia partiendo de la presentación de la “revelación-historia de la salvación” para llegar gradualmente a la “liturgia-acción salvífica de Cristo en la Iglesia”.

La revelación aparece como un sucederse de acontecimientos que, en diversos modos y tiempos, denotan la realización del misterio de la salvación

existente en la eternidad de Dios. La diversidad de tiempos en los que se realiza la salvación nos pone ante la dimensión histórica del misterio de Cristo, vale decir, nos presenta el misterio de Cristo como un acontecimiento anunciado proféticamente en el AT (primer momento), realizado en la plenitud de los tiempos del NT por Cristo (segundo momento) y continuado en la Iglesia (tercer momento). El tiempo de Cristo y el tiempo de la Iglesia están estrechamente unidos a tal punto de constituir un mismo misterio, dado que en el momento en el cual Cristo realiza la obra de la salvación, en ese mismo momento surge la Iglesia, vale decir, la salvación realizada en la humanidad de Cristo se convierte en una realidad para todos los hombres, mediante los sacramentos (agua-sangre-espíritu) que los constituye en verdadera Iglesia, o sea en Cuerpo de Cristo, en Iglesia-misterio.

El tiempo de la Iglesia es continuación del tiempo de Cristo no por razón de simple sucesión temporal, porque viene después de Cristo, sino que la línea de continuación que ligará el tiempo de la Iglesia al tiempo de Cristo está constituida por la liturgia. Y así entramos en el verdadero discurso sobre la liturgia propiamente dicho presentado en SC n. 6. Después de tratar sintéticamente los momentos de la realización del misterio de la salvación y su plena realización en Cristo, SC trata de la misión de Cristo como continuación de la misión del Padre, con la diferencia que, después del acontecimiento de la salvación realizado en Cristo, la misión del amor del Padre ya no consistirá en un anuncio profético de cosas futuras, sino en un anuncio que de ahora en más será evangelio, vale decir, anuncio alegre de un acontecimiento presente: la Palabra hecha carne, entrada en el mundo y que ha puesto su carpita en medio nuestro como sacramento del Padre. Es precisamente en este plano sacramental que la Palabra hecha carne podrá convertirse en realidad salvífica para todos los hombres, siempre y cada vez que éstos, acercados a Cristo por el anuncio del acontecimiento de la salvación (fe), tratarán de insertarse en ella, realizando en ellos mismos el acontecimiento salvífico (liturgia). Es lo que afirma SC 6: “Así como Cristo fue enviado por el Padre, él envió a su vez a los apóstoles a *anunciar* que el Hijo de Dios nos libró... y a *realizar* la obra de la salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la *vida litúrgica*”. Aquí no sólo tenemos la íntima relación que existe entre la Escritura y la Liturgia, sino que la liturgia aparece claramente como momento de la Revelación-historia de la salvación en cuanto realización del misterio de Cristo, objeto de toda la revelación. Esta realización toca tanto el misterio de Cristo en sí mismo –realización en el tiempo– cuanto su anuncio. Hoy la liturgia también es –como Cristo mismo– un acontecimiento de salvación en el cual continúa encontrando realización aquel anuncio que antiguamente prometía la realidad de Cristo.

La liturgia es entonces el *momento-síntesis* de la historia de la salvación, porque engloba anuncio y realización, o sea, AT y NT; pero al mismo tiempo es el *momento último* de la misma historia, porque siendo la continuación de la realidad, que es Cristo, su función es la de ultimar gradualmente en cada uno de los hombres y en la humanidad la imagen plena de Cristo.

En este sentido y por esta su posición de síntesis y de realización última, la liturgia es la que constituye el tiempo de la Iglesia. Ésta de hecho se va edificando en el mundo a medida que el misterio de Cristo se inserta vitalmente en los hombres, cosa que se alcanza mediante el anuncio, como elemento que predispone, y con la realización del misterio, a través de la acción sacramental de la liturgia.

La SC pone como base de su reflexión teológica sobre la liturgia la categoría *misterio pascual*, una expresión tomada de la antigua eucología romana, como se puede ver en el Sacramentario Gelasiano, oración 468 y 471)⁹. Al hacer esto, la constitución litúrgica pone la obra redentora sacerdotal del Verbo encarnado como cumplimiento antitípico de la liberación y de la alianza, que la pascua veterotestamentaria significaba y preparaba tipológicamente: asigna a este acontecimiento el puesto central que en la historia salvífica del AT ocupaba la Pascua; declara que este acontecimiento constituye el misterio pascual cristiano, del que pueden participar, en consecuencia, por vía histórica, a través de ritos memoriales, todos los hombres de las generaciones futuras, que de este modo tienen acceso, en la fe, a la reconciliación perfecta y al culto verdadero y pleno que se realizaron de una vez para siempre en la muerte-resurrección-ascensión del Hijo de Dios.

⁹ El término se encuentra por primera vez en la homilía sobre la pascua de MELITÓN DE SARDES fechada entre el 165 y el 185, donde afirma que “el *misterio de la pascua* es nuevo y antiguo, eterno y temporal, perecedero e imperecedero, mortal e inmortal” (*Hom. sobre la pascua* 2); este misterio es identificado con “el misterio del Señor”, antiguo según la prefiguración, nuevo según la gracia, prefigurado en Abel, Isaac, Moisés, los profetas perseguidos y en el cordero sacrificado, anunciado en la predicación de los profetas y realizado en los últimos tiempos. Más aún, Melitón dice expresamente que “el misterio de la pascua es Cristo”. La *homilía sobre la santa pascua* del anónimo Cuatordecimano, del s. II, de Asia Menor, también habla del “misterio de la pascua” e incluso de “misterio cósmico de la pascua”. *Misterio de la pascua* representa una profundización del tema paulino de “Cristo nuestra pascua” (*1 Co* 5,7) hecha ya por Justino (*Dial.* 111, 3). Todo el contenido teológico que Pablo había resumido en la categoría de “misterio de Cristo” (*Col* 4,3; *Ef* 3,4) se encierra en la pascua. Pero por la frecuencia con que el término misterio se emplea y por la terminología que le acompaña (*teletai* = realizar, *amyeton* = no iniciado, *asfragiston* = no marcado, etc.) revela una clara referencia a los cultos místéricos, a los que se contraponen el misterio cristiano como el único verdaderamente salvífico, en lugar de ser asimilado a ellos. El concepto de misterio de la pascua o pascual, recapitula toda la economía salvífica realizada en Cristo y comunicada a la Iglesia a través de los sacramentos. Este concepto pasará luego a los sacramentarios romanos.

Ahora bien, según SC 7 la liturgia es realización del misterio redentor de Cristo porque él está presente en su Iglesia, especialmente en la celebración litúrgica: “Para realizar esta obra tan grande, Cristo está siempre presente a su Iglesia sobre todo en la acción litúrgica” (SC 7). Y sigue el elenco de los diversos momentos de la liturgia en los cuales es afirmada esta presencia de Cristo: 1. en el sacrificio de la misa y precisamente en el sacerdote y en el sacramento, como presencia de víctima (sacramento) y presencia de oferente (Cristo eterno sacerdote); 2. en los sacramentos, porque “en ellos” es Cristo quien obra (NB: no sólo “por medio de ellos”); 3. en la Palabra proclamada en la comunidad de la Iglesia; 4. en la oración comunitaria, porque Cristo está siempre presente en una comunidad reunida en su nombre.

Entre el misterio de Dios en Cristo y el misterio del culto cristiano hay una clara relación e interpretación. El misterio del culto, la sagrada liturgia, es la representación cultural del misterio de Cristo, de su vida y de sus obras. Sólo de esa manera podemos llegar a encontrar al Señor y entrar en contacto con él, su persona, su obra salvífica, experimentar la eficacia de su gracia, como decía san Ambrosio: “Yo te encuentro en tus misterios”¹⁰.

El misterio de la liturgia es Cristo el Señor –*Kyrios*–, y el Cristo de la liturgia es misterio pascual. La liturgia es el ejercicio del sacerdocio de Cristo muerto y resucitado, del *Kyrios* pascual, que en ella y por ella transmite su vida divina al mundo y lo devuelve a Dios. La liturgia es obra de Cristo Señor y sacerdote. La santificación de la Iglesia en la liturgia no es otra cosa que la cristificación y pascualización del mundo realizada por Cristo, mediador y sacerdote, en la semejanza progresiva con él mismo. Luego el culto que la Iglesia rinde a Dios no puede ser más que el acto en que Cristo Señor, sumo sacerdote –liturgo–, une a sí a la Iglesia libremente asumiéndola en el culto que él rinde a Dios, y la Iglesia libremente, dejándose asumir en este proceso, rinde el culto a su cabeza y esposo y se une al culto que él rinde al Padre.

Nuestra liturgia terrestre, vista desde la parte de Cristo, es, bajo el velo de los signos, una continua epifanía del sacerdocio de Cristo liturgo ahora glorioso ante el Padre, epifanía que él mismo realiza continuamente entre nosotros asociando a la Iglesia a su sacerdocio-liturgia siempre en acto. Vista desde la parte de la Iglesia, la liturgia no es otra cosa que una participación actual y real de los hombres en el acto sacerdotal-liturgia de Cristo siempre efectivo ante el Padre, haciéndola partícipe antológicamente de su sacerdocio-liturgia, continuando, por lo mismo, en la gloria la obra sacerdotal que él comenzó en

¹⁰ “*In tuis te invenio sacramentis*”, AMBROSIO DE MILÁN, *Apología propheta David* 58, ed. C. SCHENKL (CSEL 32, 2), Wien, Tempsky 1897, 340.

la tierra desde el primer instante de su encarnación, vale decir, desde el primer instante de su misterio pascual. Esto es lo que la Iglesia quiere decir en esas cuatro palabras con las que se concluye toda oración: *per Christum Dominum nostrum* (por Cristo nuestro Señor). Realidad del único sacerdote, del único mediador, del único liturgo-servidor y de la única liturgia que, en los planes queridos y realizados efectivamente por Dios, domina todo el mundo de la santificación y de la glorificación cultural, en el cual se concretizan las relaciones entre el hombre y Dios: “por Cristo, con él y en él, a ti, Dios Padre”. No por nada con estas palabras inicia la doxología con la cual se concluye la plegaria eucarística, explicitando el motivo fundamental y último de la celebración litúrgica del memorial del misterio pascual en la eucaristía.

Lo que el n. 3 de la *Ordenación general de la Liturgia de las Horas* dice de la alabanza, citando SC 83, vale para toda la liturgia: “Cuando vino para comunicar a los hombres la vida de Dios, el Verbo que procede del Padre como esplendor de su gloria, el sumo sacerdote de la nueva y eterna alianza, Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales. Desde entonces, resuena en el corazón de Cristo la alabanza a Dios con palabras humanas de adoración, propiciación e intercesión: todo ello lo presenta al Padre, en nombre de los hombres y para el bien de todos ellos, el que es príncipe de la humanidad nueva y mediador entre Dios y los hombres”. Y en el n. 6 de la misma OGLH se dice: “También el sacerdocio de Cristo es participado por todo el cuerpo eclesial, de tal forma que los bautizados, por la regeneración y por la unción del Espíritu Santo, quedan consagrados como templo espiritual y sacerdocio santo y habilitados para el culto del nuevo Testamento, que brota no de nuestras energías, sino de los méritos y donación de Cristo”.

La liturgia es entonces esa parábola divina de la salvación que tiene su principio en el Padre que envía al Verbo para comunicar a los hombres la vida divina haciéndose hombre, y que termina en el Padre con el Verbo constituido *Kyrios* y sacerdote de la humanidad nueva y pascual adquirida por su misterio –misterio pascual–: misterio pascual de Cristo y de su Iglesia. La liturgia es epifanía-manifestación-realización de esta parábola de la salvación; esta parábola es divina y humana a la vez, donde lo divino humanado y lo humano divinizado celebran un encuentro, una reconciliación, una vida nueva, una pascua. Por eso la liturgia es obra divina y humana, humana y divina. Pero, hay un orden de valores: lo humano está subordinado a lo divino, la obra del hombre subordinada a la obra de Dios. Si se pierde de vista esta subordinación, cuando pensamos que la liturgia es lugar para nuestro solo protagonismo, una realidad susceptible de ser manejada a gusto del consumidor, entonces estamos desacralizando lo sagrado, y esta es la verdadera desacraliza-

ción porque es manipulación del Rito con mayúscula, es poner la atención en cosas secundarias, tradiciones, gustos, modas, ritos, etc.

La liturgia es la mistagogía del misterio de Cristo. La misma tiene por finalidad introducirnos, como buena mistagoga, en el misterio de Cristo o, mejor dicho, en los misterios de Cristo. Si Cristo es la plenitud del culto (SC 5) y la Iglesia ha dado forma al misterio de Cristo en su liturgia, nosotros tenemos acceso al misterio de Cristo cuando participamos plenamente en ella y cuando la vivimos en plenitud. La Iglesia es la depositaria del misterio de Cristo, lo custodia, lo predica, lo ofrece, lo celebra y lo vive. De esta manera se realiza la santificación de los hombres, se edifica el Cuerpo de Cristo, y con todo junto se da culto a Dios (Cf. SC 59). Para vivir en Cristo, en y de sus misterios, el pueblo cristiano y cada uno en particular está llamado a desarrollar lo que tiene y lo que es, siendo básico el paso de la celebración a la vida: expresar con nuestra vida el misterio que celebramos en la fe, como rezan muchas oraciones de la liturgia eucarística¹¹.

La liturgia no se agota en la celebración, ya que tras la celebración está la vida, como bien lo afirma el papa san León Magno: “es necesario llevar a las obras cuanto realizamos en el misterio”¹². Para que esto se pueda dar lo más importante es la liturgia misma y lo que ella implica con sus gestos rituales, el espacio litúrgico, las vestiduras, las palabras, los signos, el canto, el silencio. La liturgia es maestra en el arte de orar y celebrar, que nos introduce en el

¹¹ Valgan algunos ejemplos: Dios todopoderoso y eterno, que estableciste el misterio pascual como alianza de la reconciliación humana, concédenos manifestar en las obras lo que celebramos con fe (viernes de la octava de pascua, *Or. Col.*); Señor Dios, por estos misterios pascales concédenos ser constantes en la acción de gracias, para que la continua eficacia de tu obra redentora sea fuente de inagotable alegría (martes, II sem. de pascua, *Or. Ofi.*); Señor nuestro, al celebrar el misterio pascual, que cada año renueva la dignidad original del hombre con la esperanza de la resurrección, te pedimos humildemente que obtengamos con amor lo que celebramos con fe (miércoles, II sem. de pascua, *Or. Col.*); Dios omnipotente y eterno, realiza plenamente en nosotros el misterio pascual para que, renacidos por el santo bautismo, con tu ayuda demos fruto abundante y alcancemos la alegría de la vida eterna (V domingo de pascua, *Or. Col.*); Concédenos, Señor, la gracia de vivir conforme al misterio pascual y, al celebrarlo con alegría, su continua eficacia nos proteja y nos salve (viernes, V sem. de pascua, *Or. Col.*); Dios misericordioso, concédenos experimentar en todo tiempo los frutos del misterio pascual que hoy celebramos (lunes, VI sem. de pascua, *Or. Col.*); Señor Dios nuestro, renueva nuestros corazones con obras buenas y, al tender siempre hacia lo más perfecto, concédenos vivir plenamente el misterio pascual (sábado, VI sem. de pascua, *Or. Col.*).

¹² LEÓN MAGNO, *Sancti Leonis Magni Romani Pontificis tractatus septem et nonaginta* 74, 4, ed. A. CHAVASSE (CCL 138 A), Turnholti, Brepols 1973, 429.

misterio de Dios. En ella y por ella se realiza la elevación del hombre a su dignidad más alta: la santidad y la divinización, haciendo de él un sujeto cultural, un sacrificio espiritual y una ofrenda agradable al Padre por Jesucristo en el Espíritu Santo. La existencia cristiana consiste en realizar en la vida el misterio celebrado en los sacramentos, en hacer pasar a la vida lo que se ha recibido por la fe, a la espera de que se cumpla la bienaventurada esperanza y venga el salvador Jesucristo.

La arriba citada carta apostólica *Spiritus et Sponsa*, en el n. 3 subraya, en la línea del Concilio, el valor excelente de la liturgia en la acción y en la vida de la Iglesia, al afirmar que “Si todo esto es la liturgia, con razón el Concilio afirma que toda acción litúrgica «es acción sagrada por excelencia cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no iguala ninguna otra acción de la Iglesia» (n. 7). Al mismo tiempo, el Concilio reconoce que «la sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia» (n. 9). En efecto, la liturgia, por una parte, supone el anuncio del Evangelio; y, por otra, exige el testimonio cristiano en la historia. El misterio propuesto en la predicación y en la catequesis, acogido en la fe y celebrado en la liturgia, debe modelar toda la vida de los creyentes, que están llamados a ser sus heraldos en el mundo (cf. n. 10)”.

La reforma y renovación litúrgica, promovida por el Concilio Vaticano II mediante la magna carta de la liturgia *Sacrosanctum Concilium*, nos han proporcionado libros litúrgicos y celebraciones en donde podemos percibir en los textos cómo la expresión “misterio” aparece muchísimas veces con diversidad de adjetivos: “misterio de Dios”, “misterio de Cristo”, “misterio de la cruz”, “misterio pascual”, “misterio de la Iglesia”, “sagrados misterios”, etc. Y en cada celebración de la eucaristía la plegaria eucarística nos hace exclamar: *Mysterium fidei*, ¡Misterio de la fe! Esto no es una novedad de la reforma litúrgica, se encuentra también en los libros de la liturgia romana de todos los tiempos.

Pero, en algunos círculos de la Iglesia hay quienes sostienen que se debería rechazar el desarrollo de la reforma litúrgica a causa de la pérdida del “sentido del misterio”; se encuentran comentarios y actitudes que van en esta línea. Si esto fuera realmente así, sería entonces la misma reforma litúrgica la que habría que repensar, puesto que sin el misterio la liturgia pierde no sólo su razón, sino también su propio ser. Dicha crítica puede haber sido provocada por una forma inadecuada y desafortunada de llevar a la práctica gestos y acciones en la celebración, cosa que atañe más a los celebrantes de los divinos misterios que a la liturgia en sí misma. Si esto es así, esta crítica no sólo no tiene que ver con el Misterio de Cristo, sino tampoco con las exigencias individuales de los cristianos. Por lo tanto no afecta ni al proyecto de la reforma litúrgica puesto en práctica ni a los programas que de él se desprenden sino,

sobre todo, a cuantos deberían haber aprendido a responder a sus acciones, así como también a una secularización general de la vida cristiana, que comprende una pérdida de sentido del misterio, y que nada tiene que ver con todo lo que propone y exige la celebración litúrgica también después de la reforma.

A esto podemos agregar lo que el Papa Benedicto XVI afirmó en el discurso durante la audiencia concedida el 6 de mayo del presente año¹³ a los que participamos en el IX Congreso internacional de Liturgia, con motivo de los 50 años de fundación del Pontificio Instituto Litúrgico, a saber, que «La liturgia de la Iglesia va más allá de la reforma conciliar (Cf. SC 1), cuyo objetivo, de hecho, no era principalmente el de cambiar los ritos y los gestos, sino más bien renovar las mentalidades y poner en el centro de la vida cristiana y de la pastoral la celebración del Misterio Pascual de Cristo. Por desgracia, sigue diciendo el Papa, quizás también por nosotros, pastores y expertos, la liturgia fue tomada más como *objeto* que reformar que como un *sujeto* capaz de renovar la vida cristiana, desde el momento que “existe un vínculo estrechísimo y orgánico entre la renovación de la liturgia y la renovación de toda la Iglesia. La Iglesia toma de la liturgia la fuerza para la vida”. Nos lo recuerda el beato Juan Pablo II en la *Vicesimus quintus annus*, donde la liturgia es vista *como el corazón latiente de toda actividad eclesial*».

La supuesta pérdida de “sentido del misterio” podría referirse a una concepción que tiene que ver más con la “seducción por lo arcano”, lo “misterioso”, lo “no tangible” que con la “mistagogía cristiana”. Si es así, es preciso reafirmar la centralidad del misterio de Cristo encarnado, muerto y resucitado, único paradigma auténtico de la sacralidad y de la santidad cristiana¹⁴. Es necesario reafirmar la teología de la liturgia como la real y eficaz presencia del misterio de Cristo y la versión orante de la fe y del dogma.

3. Una mirada desde el presente hacia el futuro: Volver al Concilio Vaticano II

La celebración del misterio litúrgico lleva a la comprensión de la liturgia. Pero la liturgia es peligrosa. No se puede afrontar la liturgia con precomprensiones teológicas, prejuicios o ideologías. Es necesario volver al Concilio Vaticano II estudiando sus documentos sin pasiones sino con

¹³ Mayo de 2011 (N.d.R.).

¹⁴ Cf. J. J. FLORES, *El siglo de la Liturgia. Congreso internacional de liturgia. Barcelona, 4-5 de septiembre de 2008*, CPL 2009, 168-207.

humildad. Se puede discutir sobre cosas secundarias pero no sobre los principios del capítulo I de *Sacrosanctum Concilium*. Hay problemas de interpretación del Vaticano II y de recepción del mismo porque hay un problema de concepciones teológicas y eclesiológicas, al que se une un desconocimiento de la tradición de la iglesia o lecturas fragmentarias de la misma hechas con posturas preconcebidas e ideológicas; de ahí que con los que defienden la liturgia tridentina sea muy difícil hablar y dialogar. La liturgia, y el rito, son y tienen que ser un lugar de comunión, no de conflictos. En este contexto es oportuno referir otra reflexión del arriba citado discurso de Benedicto XVI: “La liturgia, testigo privilegiado de la Tradición viviente de la Iglesia, fiel a su deber original de revelar y hacer presente en el *hodie* de las vicisitudes humanas el *opus Redemptionis*, vive de una relación correcta y constante entre sana *traditio* y *legitima progressio*, lúcidamente explicitada por la Constitución conciliar en el n. 23. Con ambos términos, los Padres conciliares quisieron consignar su programa de reforma, en equilibrio con la gran tradición litúrgica del pasado y el futuro. No pocas veces se contraponen de manera torpe tradición y progreso. En realidad, los dos conceptos se integran: la tradición es una realidad viva, que por ello incluye en sí misma el principio del desarrollo, del progreso. Es como decir que el río de la tradición lleva en sí también su fuente y tiende hacia la desembocadura”.

¡Hermosa reflexión del Papa, con la elocuente imagen final del río de la tradición! Naveguemos por este río. Es necesario volver a las fuentes, estudiar las fuentes litúrgicas, las antiguas y las actuales y todo el libro litúrgico, descubriendo y valorando el dinamismo de la tradición de la Iglesia, de una Iglesia que es tradición desde los apóstoles hasta hoy. Si se estudia sólo el rito se puede caer en el rubricismo. El rito no es “el” objeto del estudio de la liturgia, sino que el rito lleva a otra realidad y expresa otra realidad: el misterio. Por el contrario, el desconocimiento del rito y del misterio expresado por él lleva inexorablemente a subjetivismos peligrosos, que dañan la comunión eclesial. Y a veces parece primar la devoción ante la teología: ¿es ésta una nueva manera de entender la recepción del Vaticano II?

No nos avergoncemos del Concilio: ¿nos acordamos de él? Y, ¿nos hacemos responsables de él? La emergencia educativa según *Sacrosanctum Concilium* es siempre actual: ¿Qué hemos hecho o hacemos de SC 15, 16, 17, 18, y documentos posteriores, con la formación litúrgica? Si esto hubiese sido seriamente tenido en cuenta nos hubiésemos podido ahorrar muchos problemas. Se habla incluso, en algunos círculos, de la necesidad de una “reforma de la reforma”. Pero en SC 43 los Padres conciliares afirman que “el celo por promover y reformar la sagrada liturgia se considera con razón como un signo de las disposiciones providenciales de Dios sobre nuestro tiempo, como el

paso del Espíritu Santo por su Iglesia, y da un sello característico a su vida e incluso a todo el pensamiento y la acción religiosa de nuestra época”. Ahora bien, el paso del Espíritu Santo inspira, mueve, rejuvenece, pide conversión, pide reforma, pide reforma a nuestras deformaciones. Entonces, ¿la reforma de la reforma, de la que algunos hablan hoy, la hacemos nosotros? No: ¡la hace el Espíritu Santo!

San Juan Pablo II, con su doctrina y su testimonio de vida, pasará a la historia como un gran defensor del Concilio Vaticano II. En *Spiritus et Sponsa* hace una propuesta siempre actual y que al mismo tiempo es un programa para el futuro: bajo el título “*De la renovación a la profundización*”, que encabeza el n. 6, nos dice: “A distancia de cuarenta años, conviene verificar el camino realizado. Ya en otras ocasiones he sugerido una especie de examen de conciencia a propósito de la recepción del concilio Vaticano II (cf. *Tertio millennio adveniente*, 36). Ese examen no puede por menos de incluir también la vida litúrgico-sacramental. «¿Se vive la liturgia como “fuente y cumbre” de la vida eclesial, según las enseñanzas de la *Sacrosanctum Concilium*?» (*ib.*). El redescubrimiento del valor de la palabra de Dios, que la reforma litúrgica ha realizado, ¿ha encontrado un eco positivo en nuestras celebraciones? ¿Hasta qué punto la liturgia ha entrado en la vida concreta de los fieles y marca el ritmo de cada comunidad? ¿Se entiende como camino de santidad, fuerza interior del dinamismo apostólico y del espíritu misionero eclesial?”.

Termino con palabras de Odo Casel: “Sonó la hora de volver al Misterio; se trata de que cada cual se vuelva a la fuente de la salvación, porque sólo en el misterio de Dios puede curarse de nuevo el mundo. Es ahí donde obra el *Pneuma* vital de Dios; es ahí donde corre la sangre de Cristo, que cura y santifica al mundo, lo redime y lo transfigura”¹⁵.

Abadía del Niño Dios
C. C. 15- E3153WAA Victoria
Entre Ríos
ARGENTINA

¹⁵ O. CASEL, *El misterio del culto cristiano*, San Sebastián, Dinor 1953, 46-47.